

H  
A  
C  
H  
I  
K  
O

L  
U  
I  
S  
P  
R  
A  
T  
S

Z  
U  
Z  
A  
N  
N  
A  
C  
E  
L  
E  
J  
I  
L  
U  
S  
T  
R  
A  
C  
I  
O  
N  
E  
S  
D  
E

E  
L  
P  
E  
R  
R  
O  
Q  
U  
E  
E  
S  
P  
E  
R  
A  
B  
A

laGalera

Primera edición: marzo de 2015

Esta novela ganó el Premio Josep M. Folch i Torres 2014 de novela infantil.

Diseño de la portada: Mariano Rolando  
Diseño del interior y maquetación: La Galera

Traducción de Olga García

Edición: David Monserrat  
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir  
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© Luis Prats Martínez, 2015, del texto  
Autor representado por IMC Agencia Literaria S.L.  
© Zuzanna Celej, 2015, de las ilustraciones  
© La Galera, SAU Editorial, 2015, de esta edición

La Galera, SAU Editorial  
Josep Pla, 95 – 08019 Barcelona  
[www.lagalera.com](http://www.lagalera.com) / [lagalera@editorialgalera.com](mailto:lagalera@editorialgalera.com)  
[facebook.com/editoriallagalera](https://facebook.com/editoriallagalera) / [twitter.com/editorialgalera](https://twitter.com/editorialgalera)

Impreso en Liberdúplex  
Ctra. BV 2249. Km 7,4.  
Polígono Ind. Torrentfondo. 08791 Sant Llorenç d'Hortons


Depósito legal: B-1.554-2015  
Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-5546-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

**PRIMERA PARTE**  
**1924-1925**

BARRIO DE SHIBUYA, TOKIO.  
ENERO DE 1924

n viejo ferrocarril silbó perezosamente anunciando que salía de la estación de Shibuya hacia el sur. Segundos más tarde, el penacho de humo de su chimenea inundó toda la barriada, ensuciando el azul purísimo del cielo de Tokio. En ese mismo momento, como hacía cada mañana, el profesor Eisaburo Ueno abrió la ventana de la cocina que daba al río y sus labios se curvaron complacidos al ver que los almendros sonreían y el sol doraba sus primeros brotes.

«Será una primavera como pocas», se dijo mientras ponía a hervir la tetera.

Desde arriba le llegaba el chapoteo del

agua. La señora Yaeko, su mujer, estaba dándose una ducha y tanto ella como su preciosa hija Chizuko bajarían a desayunar en poco más de diez minutos.

El profesor se sentó en la silla y esperó hasta que la tetera silbó como había hecho momentos antes el tren que salía de la estación de Shibuya hacia el sur. Entonces se levantó y se sirvió el té ceremoniosamente.

—Mmm... —dejó escapar mientras olfateaba la perfumada infusión, que poco después comenzó a deslizarse por su garganta.

Permaneció un minuto disfrutando del aroma y luego abrió el *Yomiuri Shimbun* para



leer los titulares antes de que llegara la hora de ir a la estación y subir al tren que le llevaría al barrio de la Todai, en la Universidad de Tokio, para impartir clase.

Observó el calendario de colores que colgaba junto a los grabados que el tío Ibuki les había regalado cuando se casaron veintitrés años atrás y vio que era miércoles. Entonces oyó el rumor de unas sandalias y la señora Yaeko Ueno entró en la cocina murmurando:

—Acuérdate de recoger el perro cuando vuelvas esta tarde. Tu hija lo espera para hoy.

—Ah, sí, el perro... —respondió él, que ya había olvidado que semanas antes habían encargado un perro akita para Chizuko—. Llegará esta noche, ¿verdad?

—Sí, esta tarde ya estará en la oficina de la estación.

—Hoy tengo clase de trigonometría —dijo el profesor doblando el periódico—. Puede que se alargue un poco, pero lo tendré presente.

—Sobre todo que no se te olvide —replicó ella levantando un dedo—. Decepcionarías a Chizuko. Lo has entendido, ¿verdad?

—Bueno, no se me olvidará, señora Yae-ko... —gruñó el profesor Eisaburo, un poco harto del asunto del perro akita—.Te lo prometo solemnemente. De todas maneras, no olvidemos que solo es un animal, y no Su Majestad Imperial.

—Lo sé, profesor Ueno —dijo su mujer—. Pero se lo prometiste a tu hija.

—De acuerdo, de acuerdo —replicó él con ganas de marcharse para no empezar una batalla doméstica a primera hora de la mañana—. No lo olvidaré.

Entonces se caló el sombrero en su cabeza calva como un níspero. Cogió el paraguas, la cartera, los apuntes de «Trigonometría aplicada a la agricultura», y se despidió de su mujer hasta la tarde.

Al cruzar la puerta de casa invocó respetuosamente a los antepasados para que le concediesen una buena jornada, aunque quizá no fuese necesario, ya que el día era radiante.

Al salir se topó con el viejo Mizuno, que sacaba la basura, y lo saludó quitándose el sombrero. El anciano rezongó los buenos días y desapareció en el interior de su casa.

«Pobre Mizuno —se dijo el profesor—. Desde la muerte de su hijo en la batalla de Qingdao no ha levantado cabeza.»

Luego se dirigió a la avenida de los cerezos, giró por el camino del templo y siguió hasta la concurrida estación de Shibuya. Un tranvía pasó por su lado rozándolo, pero el profesor Eisaburo no se inmutó. Sabía que estos no podían desviarse de su ruta. En eso eran como los trenes, puntuales y fiables. Como él mismo, que nunca había faltado a una sola clase y que siempre había cumplido sus promesas, fuesen o no solemnes.

Al llegar a la plaza saludó a Shuto, la vendedora de dulces, y comprobó con alegría y mirada golosa que aquel día había cocido *wagashis* y *amnutsus* azucarados. Lo miró todo con deleite y la pastelera le devolvió el saludo.

—Buenos días, profesor. ¿Qué, le apetece alguna golosina?

—Tal vez al volver, señora Shuto. Tal vez al volver... —respondió abriendo la puerta de la estación sin perder de vista los pastelillos, que parecía que llevasen su nombre escrito.







—¡Dese prisa, que son de hoy y después puede que ya no queden! —Ella se rio.

—Haré lo que pueda, señora Shuto. —El profesor Ueno sonrió—. Se lo prometo solemnemente.

\* \* \*

El día en la capital universitaria de la Todai resultó plácido. El profesor Ueno impartió sus clases de «Trigonometría aplicada a la agricultura» y de «Regeneración de tierras secas»; asistió a una reunión del decano y a las cinco menos cinco de la tarde se subió de nuevo en el trenecito para regresar a su barrio.

El ferrocarril bordeó el parque de Chiyo-da, que se encontraba pegado al Palacio Imperial, y, como cada vez que pasaba por allí, el profesor Eisaburo Ueno se quitó el sombrero en señal de respeto hacia el emperador Taisho y sacudió la cabeza. «Pobrecito», se lamentó. Siendo niño, el emperador había sufrido meningitis y desde hacía diez años quien gobernaba era su hijo Hirohito. Aún se contaban chistes de aquel día en que el emperador

Taisho, en lugar de desenrollar el discurso que sostenía en las manos, lo usó para mirar a la multitud como si fuese un telescopio.

A las cinco y veinticinco de la tarde, el pequeño tren a vapor llegó a la estación de Shibuya y de sus puertas de madera comenzaron a bajar pasajeros. Los caballeros ayudaban a las damas vestidas con coloridos quimonos de seda cosidos por la señora Hiziguo o la señora Hiziguro, las dos modistas más importantes y reconocidas de aquel barrio acomodado de Tokio, tomándolas de la mano para que no se cayesen al andén. Los niños que volvían de la escuela corrían hacia la puerta que daba a la pequeña plaza de los tres cerezos. Y al final de todos ellos, como quien no tiene prisa por nada, golpeando los adoquines con su bastón de punta plateada, caminaba el profesor Eisaburo Ueno con una media sonrisa, recordando los piropos y las palabras amables que un joven oficial del ejército había dirigido a una estudiante de la universidad y cómo ella había sonreído mientras sus mejillas se sonrojaban.

—¡Ay, el amor...! —dijo.

Como cada día desde hacía más de veinte años, el profesor Eisaburo Ueno fue el último pasajero en abandonar la estación y traspasar las puertas rojas, y después de comprarle un delicioso *wagashi* a la señora Shuto, se dirigió a su casa mientras los ruidos de la ciudad se apagaban y las gentes se reclinaban en sus domicilios, donde las pequeñas chimeneas anunciaban que había llegado la hora de cenar.

Volvió por la avenida de Inokashira relamiéndose al pensar que ojalá la señora Ueno hubiese cocinado el atún como le gustaba, con sésamo y hierbecitas y un bol de arroz recién cocido.

Por ello, al llegar a casa, se descalzó, dejó el bastón y el paraguas en el paragüero y entró en la cocina tarareando una canción del *Kachusha* de la gran Matsui Sumako.

Al oírlo entrar en la cocina, su mujer, que estaba junto al fregadero escogiendo el pescado, se giró y, antes de desearle buenas noches, le soltó:

—¿Y el perro?

El profesor Ueno se quedó patitioso en la

puerta sin saber qué responder. Se le había pasado completamente lo del akita para su hija.


—Pero ¿qué tienes en la mollera? —exclamó ella señalándole la frente con un cuchillo al comprender que no había perro ni memoria.

«¡Qué cabeza! ¿En qué estaría pensando? —se lamentó el profesor Ueno—. Puede que en el pastelillo de la señora Shuto», y sonrió relamiéndose el bigote.

Y como a falta de memoria buenos son los pies, y más si se quiere cenar un delicioso filete de atún con sésamo y hierbecitas, el profesor Ueno dio inmediatamente media vuelta y llamó a Kikuzaburo, el jardinero con cara de pocos amigos que trabajaba en casa, para volver a la estación antes de que cerrasen la oficina de correos.



BARRIO DE SHIBUYA, TOKIO.  
ENERO DE 1924

 El profesor Eisaburo Ueno se abrigó bien. A pesar de que aún no había nevado en Tokio, el viento era tan gélido que se clavaba en las costillas como un puñal traidor. Además, por la radio habían anunciado que aquel año se esperaba una gran nevada. De modo que el profesor enfiló el camino de regreso a la estación de Shibuya, seguido por Kikuzaburo.

La luna brillaba tan blanca y fría como un yen de plata en el cielo negro que el viento había limpiado de nubes. Los faroles rojos y azules de muchas calles estaban encendidos y desde no pocos establecimientos les llegaban



músicas tradicionales, como la voz limpia, pulida y clara de una geisha que pulsaba suavemente las cuerdas del *shamisen*, el laúd de tres cuerdas, mientras cantaba una melancólica canción sobre un muchacho que se ha ido a la guerra y que nunca más volverá a reunirse con su amada. Al terminar, la artista prosiguió con una canción de cuna muy popular y el profesor Eisaburo se detuvo unos instantes para escucharla.

*Duerme, hijito, duerme.*

*Oh, retoño mío, duerme.*

*Qué guapo eres, qué guapo eres.*

*¡Qué precioso eres!*

Luego comprobó que se hacía tarde e indicó al jardinero Kikuzaburo, que le seguía dos pasos por detrás:

—Sigamos, Kikuzaburo. Si vuelvo a casa sin el perro..., ¡no cenaré!

En un pispás llegaron a la placita de Shibuya donde el señor Kento Sato, el jefe de estación, estaba a punto de cerrar las puertas del vestíbulo. Al ver al profesor a aquellas horas

intempestivas, el hombre del bigotillo y las gafas de montura metálica se sorprendió, pero enseguida se dirigió a él y lo saludó con una reverencia.

—Buenas noches, profesor.

—Buenas noches, señor Sato.

—Por hoy ya hemos terminado —dijo el jefe, satisfecho—. Y mañana a las cinco y media, vuelta a empezar. ¿Acaso se le ha olvidado algo?

—No... Quiero decir, sí —se corrigió el profesor—. Venimos a recoger un paquete.

El jefe de estación miró hacia el despacho de correos y dijo:

—Pues está de suerte: el chico aún no ha cerrado.

Al oír esto, el profesor se acercó allí y entró en la pequeña oficina seguido por su criado.

—Hola, Ibuki —dijo saludando al encargado de la paquetería.

—Muy buenas noches, profesor Ueno.

—¡Y frescas!

—¡Dígamelo a mí! —se quejó aquel muchacho regordete con cara de haber engullido todos los pastelillos de la señora Shuto—. Le

he dicho cien veces al jefe Sato que me ponga una estufa, pero no hay manera, es un tacaño. Y aquí me tiene, con manoplas y bufanda. Tomo tantas tazas de té al día para combatir el frío —dijo temblando— que más me valdría tener la oficina en el baño, ya me entiende. ¡Es que salgo un montón de veces para ir a mear!

El profesor Eisaburo rio por lo bajo, pero había sido un día demasiado largo como para quedarse más tiempo escuchando las quejas de Ibuki.

—Venimos a recoger una caja procedente de Odate con un perro —le contó.

—¡Ah, sí! Pobre animal. Ha llegado esta tarde. No sé si aún vive.

Al oír aquello, el profesor se sobresaltó, pero no pudo preguntar nada porque Ibuki desapareció entre las estanterías maldiciendo el frío. Al poco rato reapareció con una caja de madera llena de agujeritos.

—Aquí lo tiene —dijo alargándole el paquete—. Lo que le decía, profesor. Es un akita, blanco como un copo de nieve, cosa extraña en los perros de esta raza, pero da lo mismo porque me temo que no ha resistido el viaje.

Ahora parece más un ovillo de lana que un perro. Han sido quinientos kilómetros con este frío. Si aún está vivo, no creo que pase de esta noche.

El profesor abrió la caja, que estaba marcada con su nombre y dirección, y vio que dentro, tal como decía, había un cachorro de akita no más grande que una pelota de trapo.

—¡A saber lo que habrá pasado este pobre animal dentro de la caja! —prosiguió Ibuki, haciéndose el entendido—. Todo el viaje entre vómitos y orines. No era más que un cachorrillo. ¡Qué manera de morir!

—¿De qué habla, Ibuki? —replicó el profesor Ueno un tanto molesto—. No está muerto. Lo parece, pero no lo está.

En aquel momento el perro levantó la cabeza y miró fijamente al profesor, que se dio cuenta de que era manso, peludo como todos los de su especie, y de que estaba mareado como un pato. Sin embargo, lo que más llamó su atención fue cómo aquel animalito podía llegar a mirar. Porque no lo hacía como si le reprochase que le hubiese hecho viajar dentro de un frigorífico durante dos

días con sus noches. No, no era eso, sino que había algo más profundo e inteligente en aquellos ojos tristes y melancólicos. Nunca el profesor Eisaburo, ni cuando había hecho las prácticas en los campos de Kioto, cerca de los palacios imperiales, y había tenido que tratar con todo tipo de animales, se había encontrado con uno que lo observase sin esperar nada pero que al mismo tiempo parecía que lo esperase todo.

—Pobre chucho —continuó Ibuki—. Lleva dos días encerrado y parece que esté...

—Esto... —lo interrumpió el profesor—, me lo llevo.

Al oír que el profesor iba a sacarlo de aquel almacén, la cola del animal comenzó a moverse y a dar golpes contra la caja donde lo habían metido.

—Sí, por supuesto. Ponga su sello aquí, por favor —dijo el encargado acercándole una pluma y un tintero.

Entonces el profesor Eisaburo firmó en el registro y a continuación hizo una cosa que nunca habría pensado que haría, porque cogió al animal en brazos y se sorprendió de lo poco



que pesaba. «No debe de tener ni dos meses», pensó mientras le hacía una carantoña.

El perro, blanco como los cerezos o los membrillos en flor, se acurrucó entre sus brazos para después soltar una especie de suspiro. Antes de que el profesor saliera por la puerta seguido por el jardinero Kikuzaburo, que llevaba el farol, ya se había dormido.

—Bueno —dijo el profesor para despedirse—. Mañana será otro día.

—¡Desde luego, profesor! ¡Frío y punzante como un guijarro de río! Pero a este —añadió señalando al cachorrillo— ya no le faltará de nada. ¿Me equivoco?

El profesor no le respondió, sino que sonrió, se metió el perro bajo el abrigo y salió a la puerta principal de la estación seguido por su criado, que no había abierto la boca en todo aquel rato.

\* \* \*

Al llegar a casa, tanto la señora Yaeko como su hija, Chizuko, le esperaban en la puerta, y las dos se inclinaron para ver al chucho, pero en

un segundo pasaron de la sonrisa a la consternación.

—¿Está... está muerto? —dijo Chizuko llevándose las manos a las mejillas.

—No, no lo está —respondió su padre mientras se quitaba el abrigo sin soltar al perro, que continuaba plácidamente dormido—. Pero no os quedéis ahí plantadas —les ordenó apremiante y seco— y traednos leche.

Tal vez fue al oler el bol de leche caliente cuando el cachorrillo se espabiló y levantó la cabeza, husmeando aquello que olía tan bien. El profesor se quedó un buen rato dándole calor y haciéndole beber leche caliente a sorbitos mientras lo acariciaba.

Después de cada sorbo, el animal alzaba la cabeza y lo miraba complacido, como si aquello que le daba fuese lo que había estado esperando durante los dos días que había pasado solo en la caja, en un tren que había atravesado medio Japón entre campos de arroz helados y cañameras congeladas.

Luego se giró hacia el otro lado y se quedó dormido de nuevo.

Entonces la señora Yaeko y Chizuko se



sentaron en el suelo junto al profesor Ueno y lo miraron durante un rato.

—En primer lugar tenemos que ponerle un nombre —dijo este mientras continuaba acariciándolo.

—Yo había pensado en Fuji, como la montaña —afirmó su hija.

—¿Fuji? —se extrañó Eisaburo Ueno mirándola desde detrás de sus gafas redondas—. Ni hablar, lo llamaremos Hachiko.

—¿Hachiko? —replicó rápidamente la señora Yaeko abriendo los ojos horrorizada—. Y ¿por qué Hachiko? ¿De dónde has sacado ese nombre?

—¿Qué significado tiene eso? —preguntó Chizuko a su padre.

—¿Es que no le habéis visto las patas? —exclamó el profesor—. Las tiene torcidas. ¡Parecen un *hachi*, el número ocho!

Las dos mujeres se quedaron calladas y, como no añadieron nada más, el profesor Ueno concluyó satisfecho:

—Decidido, pues. Ese será su nombre.

Ellas se marcharon para terminar de preparar la cena y el profesor se quedó con el ca-

## HACHIKO

chorro en brazos. Pero al ver que se habían dejado la puerta corredera abierta de par en par las llamó:

—¡Cerrad la puerta! ¿No veis que Hachiko es un bebé? ¿Qué queréis, que coja una pulmonía?

Chizuko volvió corriendo para cerrar la puerta pintada al estilo de Soatsu mientras la señora Yaeko chasqueaba la lengua.

—¡Tanto revuelo por un perro! —se quejó, malhumorada.

Aquella noche el profesor no se fue a dormir hasta que oyó que Hachiko respiraba tran-



quilo y satisfecho después de haberse bebido otro bol de leche calentita, con la esperanza de que a la mañana siguiente los despertase a todos ladrando de alegría y de hambre.

## ZUZANNA CELEJ



(Lódz, Polonia, 1982) ha vivido desde niña en Barcelona y Girona. Licenciada en Fotografía y Grabado por la Universidad de Barcelona, estudió ilustración en la Escuela de Arte y Diseño Llotja. Ha trabajado en los ámbitos de la fotografía artística, la pintura y el grabado,

realizando carteles publicitarios, gráficos para moda y pinturas murales. En la actualidad se dedica principalmente al mundo editorial. Su obra ha sido expuesta en España, Francia, Inglaterra, Polonia y Estados Unidos. Combina sus proyectos de ilustración con la docencia, impartiendo cursos de artes plásticas en diversos centros culturales y en su propio estudio, así como talleres en másters de escuelas de arte.

## LUIS PRATS



(Terrassa 1966) estudió Historia del Arte y Arqueología en la Universidad Autónoma de Barcelona y en la Universidad de Girona. Durante algunos años se dedicó a la investigación y la docencia. Ha trabajado como maestro de primaria y secundaria, como editor de libros de arte y como productor de cine en Los Ángeles (California). Ha escrito ensayo (*Cine para educar*, Ed. Belacqua), libros de arte y más de una docena de novelas infantiles y juveniles traducidas a diversos idiomas, así como novelas históricas (*Aretes de Esparta*, Ed. Pamies).